

—Figúrate que insiste en que debo salir de Madrid, y yo le digo que por nada del mundo dejaré esta capital, donde he encontrado tantos leales corazones y tan honrados amigos.

Adela respiró con libertad, creyendo que su esposo nada sospechaba.

—¿No quieren Vds. venir con nosotros? preguntó.

—Iremos más tarde, respondió Ferreira; Antunez me debe una revancha, y creo que trataba de pagarme... ¿no es así?

—Ciertamente, afirmó el doctor.

—Vamos á jugar con locura, continuó D. Jaime en tono risueño; á propósito, el Sr. de Navarro puede servir á Vd. de padrino, y mio lo será Vd., Carvajal: partida completa. Conque, en marcha, y te dejaremos, Adela, en los salones.

Todos salieron del gabinete.

Adela entre su esposo y el Sr. de Carvajal, tranquila y feliz, en la seguridad de que Ferreira y Antunez eran los más cordiales amigos del mundo.

Navarro al lado del doctor, á quien dijo en voz baja:

—Me parece que el juego á que te invitan es cosa demasiado seria.

Antunez le contestó en el mismo tono:

—Me pierdo, pero la salvo.

Para el pintor eran inútiles más explicaciones.

La vida de los hombres en el mundo es como un juego de cartas. El destino reparte las cartas, y nosotros jugamos. El juego de la vida es un juego de cartas, y nosotros jugamos. El destino reparte las cartas, y nosotros jugamos. El destino reparte las cartas, y nosotros jugamos.

VI. Antunez y Ferreira se batieron. El duelo fue á pistola, circunstancia que no debo omitir; que los adversarios, colocados frente á frente, se pusieron en guardia; que los padrinos hicieron una señal; que en el momento sonaron dos detonaciones, y que un hombre cayó al suelo bañado en sangre y casi sin vida.

Pormenores.

Excusado me parece decir que Antunez y Ferreira se batieron. El duelo fue á pistola, circunstancia que no debo omitir; que los adversarios, colocados frente á frente, se pusieron en guardia; que los padrinos hicieron una señal; que en el momento sonaron dos detonaciones, y que un hombre cayó al suelo bañado en sangre y casi sin vida.

Y hago gracia á mis lectores de la narracion de este desafío, porque son tantas las descripciones de estos lancees que en las novelas abundan; que bien podrán sin mi auxilio representarse el cuadro de aquel duelo, que fué como todos; es decir, que los combatientes llegaron en dos coches, con sus padrinos, al lugar convenido de antemano; que una vez allí, se registró y midió el terreno; se cargaron las pistolas, porque el duelo fué á pistola, circunstancia que no debo omitir; que los adversarios, colocados frente á frente, se pusieron en guardia; que los padrinos hicieron una señal; que en el momento sonaron dos detonaciones, y que un hombre cayó al suelo bañado en sangre y casi sin vida.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Ya he dicho más de lo que pensaba, y puesto que no hay forma de sujetar mi lengua, retrocedamos un poco y os daré algunos detalles, por si los quereis oír.

Ferreira dejó á su esposa en los salones con otras señoras, y al momento volvió á reunirse con Antunez, Navarro y Carvajal.

Estos dos últimos fueron enterados brevemente del asunto de que se trataba, y sin más dilacion Ferreira mandó enganchar dos de sus carruajes; hizo colocar en uno de ellos una caja de pistolas; cedió un coche á Antunez y Navarro; ocupó el otro con Carvajal, y partieron en direccion del Retiro, detrás de cuyas tapias era frecuente en aquel tiempo la celebracion de estos lances, que en nuestros dias, por fortuna, más que con pólvora y balas suelen terminarse con tinta y papel.

Una acta honrosa para dos adversarios, firmada por el conveniente número de testigos, es la conclusion que de ordinario se da hoy á los duelos; y por cierto que el honor de los interesados queda, segun de público se dice, en tan buen lugar como si uno de ellos, en un acto que tiene sus ribetes de bárbaro, hubiera salido con uno ó más agujeros en la piel.

Antunez no opuso la menor resistencia á la precipitacion con que D. Jaime quiso llevar á cabo el desafio.

De Antunez era la eleccion de armas, sitio, día y hora; pero renunció su derecho en favor de Ferreira, y éste, deseoso de tomar venganza cuanto antes, dispuso las cosas del modo que se ejecutaron.

Navarro quiso protestar contra aquella inaudita

precipitacion; pero Antunez se opuso á que se contrariara ni en lo más mínimo el plan propuesto por su adversario, plan que en todas sus partes se cumplió.

Retrocedamos más aún, y os daré nuevas noticias.

— A las dos de la memorable noche del baile y del desafio que ocupan nuestra atencion, un pobre trapeero, con su gancho, su saco y su farol, registraba cuidadosamente los montones de basura que en la calle habian depositado los vecinos de la del Arenal.

Este industrial pacífico ejercia tranquilamente su profesion delante de la larga fila de carruajes que esperaban á los convidados del Sr. Ferreira, sin cuidarse para nada de la música y del alegre bullicio, cuyos ecos se escapaban por algunas ventanas abiertas de la casa de este rico banquero.

Sin embargo, al pasar por debajo de una de aquellas ventanas, le pareció distinguir la voz de un hombre, que le era muy conocida; luego la de otro que hablaba con gran alteracion, y, por último, vió en los aires un papel ardiendo que cayó á sus piés, y que despues de haberlo apagado y examinado detenidamente á la luz de su farol, lo guardó en uno de sus bolsillos.

El trapeero continuó su faena, no sin mirar de vez en cuando á aquella ventana, que no volvió á dar paso á voces conocidas ni desconocidas, ni á papeles ardiendo ó sin arder.

Pero apenas habian trascurrido quince minutos, cuando el trapeero vió entrar en un coche á Navarro y á Antunez, y en otro á Carvajal y á Ferreira.

Los carruajes partieron rápidamente hácia la Puer-

ta del Sol, y el trapero que los veía alejarse, hizo de pronto un movimiento, como quien al cabo se penetra de una cosa que no acertaba á comprender, y dejando en el suelo farol, gángo y saco, emprendió una veloz carrera en seguimiento de los coches, que en aquel instante entraban en la calle de Alcalá.

Dejémosle que corra; retrocedamos más todavía, y conoceremos otros detalles.

Como cosa perdida vimos una onza de oro rodando por el suelo del bodegon de María, onza con la cual Adela de Ferreira quiso indemnizar á Margarita del daño que la había causado al atropellarla con su coche.

Pero una onza de oro no es cosa que fácilmente se pierde en nuestros tiempos, y la que Margarita dejó caer, al levantarse impulsada por un sentimiento de dignidad, no tardó en hallar acogida segura en uno de los bolsillos del tío Moscon.

El tío Moscon era hombre viejo y experimentado, y comprendió al instante todo lo que de imprudente había en abandonar con desprecio aquella reluciente pieza que Adela había regalado á Margarita y que Margarita no había querido admitir.

Reparó, pues, el mal trato que se daba á la hermosa pelucona, con la noble accion de levantar al caído, y continuó, como los demás curiosos, informándose del estado de Margarita.

A los doce del día siguiente al en que tuvieron lugar estos sucesos, los ciento cincuenta y cinco padres de la *Flor del Olvido* habían entregado á María el importe de la suscripcion abierta para la compra de la ca-

miseria, y una hora despues la tia Morella, el Sabueso, que volvió á hacer el sacrificio de salir á la calle á plena luz del sol, y el tío Moscon, verificaban el pago de veintidos mil reales al dueño de aquel establecimiento, y á nombre de Margarita firmaban la escritura correspondiente.

Al salir de la tienda, despues de haber llenado todas las formalidades precisas en estos casos, el Sabueso miró el rótulo de la camiseria y leyó:

—*La Estrella Española.*

—Bonito nombre, dijo el tío Moscon.

—No me gusta, repuso el Sabueso, recordando una idea que había tenido la noche anterior; haré borrar esas letras, que las lluvias han echado á perder, y se pondrán otras doradas y elegantes que digan: *La Flor del Olvido.*

—Está bien pensado, afirmó la tia Morella; ese es el nombre de nuestra hija.

—A mí tambien me gusta, dijo el tío Moscon; pero pintar una muestra cuesta dinero: ¿de dónde van á salir esas misas, quieres decírmelo?

—De la sacristia, contestó Bernardo, y luego prosiguió: anoche me han dado cinco duros de propina, y me los gastaré en la muestra.

—¿Y crees tú que por cien reales se pintan rótulos de lujo?

—A mí me parece que no, dijo la tia Morella.

—Ya haremos que ese pintor que ha retratado á Vd., madrina, nos busque un amigo que trabaje barato.

—¡Zopenco! ¿dónde has visto tú que los retratistas

como D. Manuel se traten con pintores de brocha gorda?

—Pues no sé cómo se pueda arreglar esto, dijo Bernardo pensativo.

—No caviles, hombre, que yo te sacaré del apuro.

—¿Vd., tío Moscon?...

—Yo; ¿de qué te extrañas? ¿Te figuras acaso que no quiero á nuestra hija? Cuando yo machaco en ciertas cosas, es porque me gusta no estirar el pié más allá de donde llega la sábana...

—Bien; pero vamos al asunto: decia Vd...

—No te impacientes: ¿les parece á Vds. que con veintin duros habrá dinero bastante para que se pinte la muestra como tú la quieres, Bernardo?

—Ya lo creo, respondió el Sabueso.

—Eso ya es algo, dijo la tia Morella.

—Pues cinco duros que tú tienes, continuó el tío Moscon, y esta onza que está aquí, hacen los veintin duros justos y cabales.

El tío Moscon presentó al Sabueso y á la tia Morella la onza de oro que habia rechazado Margarita.

—¡Tío Moscon!... ¿va Vd. á morir, ó le ha tocado la loteria? preguntó el Sabueso tomando la moneda.

El tío Moscon explicó la procedencia de aquel dinero, y Bernardo y la tia Morella convinieron en que no debia haber reparo en aplicarlo á la pintura del rótulo de la camisería.

Ocho dias despues la muestra estaba pintada; el establecimiento abierto, y entre los artículos de venta, que eran las ropas blancas de todas clases, se habia agregado uno, las flores para adornos de señora, en

cuya confeccion era Margarita una verdadera especialidad.

La Flor del Olvido se puso de moda desde el primer día que abrió sus puertas al público.

Margarita, vestida con elegancia y sencillez, estaba detrás del mostrador ocupada en hacer flores, y su belleza, su educacion esmerada y el buen gusto que en la tienda se advertia, eran alicientes poderosos que desde luego atrajeron una numerosa clientela.

La casa de Margarita, porque ya es preciso decirlo así, se componia de la tienda, una trastienda con alcoba y una regular cocina, con puerta á un patinillo; entre la trastienda y la cocina habia un corredor pequeño, y en éste una escalera que comunicaba con cuatro piezas de un entresuelo interior, el cual correspondia tambien á la casa de Margarita.

Era, pues, esta vivienda un palacio para la pobre huérfana, y un palacio que le proporcionaba medios seguros y honrosos para subsistir.

Los traperos habian hecho una excelente obra.

Margarita y la tia Morella se trasladaron á la calle del Carmen el mismo dia en que la tienda se abrió, y allí vivian las dos mujeres, la una consagrada á su despacho y la otra á las tareas domésticas, para las cuales la tia Morella tenía particular primor.

A los ocho dias de instalada en su casa Margarita, se celebraba el baile de los señores de Ferreira.

Ahora volvamos á los coches y al traperero que dejamos corriendo velozmente hácia la calle de Alcalá.

En el carruaje en que iban Antunez y Navarro podemos oír la siguiente conversacion.

El pintor decia:

—Haces bien; pero el mundo te condenará injustamente.

—¿Qué me importa á mí del mundo! exclamó Antunez con indiferencia.

—Ocultando tu noble proceder, todos creerán que Ferreira tiene sobrada razon para matarte.

—Que lo crean en buen hora.

—Si, por el contrario, se supiera la verdad, te pondrian en ridículo diciendo que hacias el papel de Don Quijote.

—Pero como eso nunca se sabrá...

—Repito que lo que haces está bien hecho; yo prefiero ver que te bates por un rasgo de hidalguía, á que hubieras cometido la vileza de descubrir á esa mujer; pero en este siglo egoísta del positivismo, los que pensamos así somos los ménos.

—O los más.

—Tambien puede que tengas razon: muchos caeran en público lo contrario de lo que sus corazones sienten. Y en resumen, ¿no tienes nada que prevenirme? preguntó Navarro vencién dose para dar á la conversacion este nuevo giro que le mortificaba de un modo indecible.

—Absolutamente nada, respondió Antunez con frialdad; ¿qué encargo quieres que te deje? Yo no tengo padres ni pariente alguno; mi único amigo íntimo eres tú; pues bien, si me toca la desgracia ó la suerte

de morir, sé tú el heredero de mis escasos ahorros...

—¡Por Dios, Modesto, hablemos de otra cosa! exclamó Navarro verdaderamente conmovido.

—¿Y de qué hemos de hablar? Toma estas llaves; son las de mi escritorio y mi armario; en ellos encontrarás todo lo que poseo...

—Calla, calla; te lo suplico.

—Sí, callemos, que hemos llegado al lugar indicado por Ferreira.

En efecto, los cocheros acababan de detener á los caballos.

Los actores de aquel drama bajaron de los carruajes, se reunieron y comenzaron á tomar sus disposiciones para el lance que inmediatamente se habia de verificar.

Entre tanto el pobre trapero que á todo correr habia seguido á los coches, vió con alegría la detencion de estos y acertó su marcha, que ya se iba haciendo en extremo fatigosa.

Rendido, jadeante, se deslizó hácia las tapias del Retiro, y fué acercándose cautelosamente hasta poder descubrir, sin ser visto, los más pequeños detalles de cuanto estaba ocurriendo á pocos pasos de él.

Pasemos por alto el desafío.

Ya he dicho que al sonar dos detonaciones cayó un hombre al suelo, bañado en su propia sangre.

Y sucedió lo que debia suceder, no lo que por regla general acontece en las novelas.

Sucedió que el ménos práctico en el manejo de las armas, el ménos habituado á esta clase de luchas y el

que por instinto más las aborrecía, fué quien cayó víctima de la destreza y de la suerte de su adversario.

Ferreira había vencido á Antunez.

Muy noble era la causa que el doctor se había propuesto defender; pero sus elevados sentimientos no fueron escudo bastante fuerte para preservarle de la buena puntería de Ferreira.

Cuando Antunez cayó todos se acercaron á él y el primero Navarro, que le pulsó inmediatamente y dijo lleno de alegría:

—¡Está vivo!

Ferreira, desentendiéndose de esta exclamacion, se dirigió á los dos padrinos preguntando:

—Señores, ¿se dan Vds. por satisfechos de mi leal conducta en este lance?

—Sí, señor, respondió Navarro secamente.

Carvajal se inclinó en señal de asentimiento.

—En este caso, repuso Ferreira, y puesto que ese hombre no ha muerto todavía, dejo á disposicion de usted, señor de Navarro, el carruaje en que ha venido, para que lo pueda trasladar á su casa.

—Y yo me ofrezco á ayudar á Vd., dijo cortesmente el Sr. de Carvajal.

Pero antes de que el pintor pudiera responder á estos ofrecimientos, un nuevo personaje se presentó al lado de Antunez, diciendo:

—No es preciso; el Sr. de Navarro y yo conduciremos al herido perfectamente.

Todos se volvieron con sorpresa hácia el recién llegado.

—¿Y quién es Vd.? interrogó Ferreira con recelo.

—Yo soy un amigo del Sr. Antunez, y tengo el deber de asistirle.

—No conozco á Vd., dijo Navarro despues de haberle examinado.

—Pero conocerá Vd. á la tia Morella, repuso el desconocido.

—¡Oh! perfectamente.

—Pues yo soy su ahijado; me llaman el Sabueso.

Efectivamente, Bernardo era el trapero que oculto en la sombra habia presenciado el desafio.

—¡Ah, me alegro mucho! exclamó Navarro, y acepto los auxilios de Vd., que evitarán á este caballero una molestia.

Ferreira miró fijamente á Bernardo, como queriendo grabar bien en su memoria la fisonomía del trapero, y se retiró acompañado de Carvajal.

Una hora, poco más ó menos, habia estado Ferreira fuera de su casa, y á su regreso vió con gusto que no habia sido notada su ausencia.

Solo Adela la habia advertido desde luego, y cuando su esposo entró en los salones hablando con su amigo, al parecer de cosas indiferentes, no pudo dominar su ansiedad y se dirigió á ellos exclamando:

—¡Gracias á Dios! Creí que iba á ser eterna esa partida.

—Ya hemos acabado, dijo Ferreira con la mayor naturalidad.

—Y por fin, ¿quién ganó? preguntó Adela entre curiosa é indiferente.

—Yo, querida; al pobre doctor creo que no le han quedado ganas de volver á jugar conmigo.

Adela se puso pálida y tembló.

Las palabras de Ferreira tenían para ella un doble sentido que aumentaba extraordinariamente su intranquilidad.

Afectó, sin embargo, no interesarse más por aquel asunto, y varió el tema de la conversacion.

Mientras tanto Navarro y el Sabueso habian restañado la sangre que brotaba de la herida de Antúnez, y levantándolo cuidadosamente lo habian colocado en el carruaje cedido por Ferreira.

—¿Y dónde vamos á dejar al doctor? habia preguntado el Sabueso.

—En su casa, respondió Navarro; ¿adónde le hemos de dejar?

—Yo opino de otro modo, dijo Bernardo pensativo; en fin, vamos hácia la Puerta del Sol; el Sr. Antúnez vive en la calle de Santiago, y de aquí allá resolveremos.

El carruaje partió en la direccion indicada y á paso lento para no agravar el estado del herido.

Al empezar la marcha interrogó Navarro:

—¿Decia Vd. que no debíamos conducir á su casa á nuestro amigo?

—Justamente.

—¿Y por qué?

—Porque la herida del doctor no me parece buena; reclama mucho cuidado, y en una casa de huéspedes, aunque nosotros no le abandonemos, dificilmente ten-

drá la asistencia que su gravedad exige. Los enfermos necesitan mujeres á la cabecera de la cama, porque los cuidados de una mujer dan la mitad de la salud.

—Estamos conformes, amigo mio, repuso el pintor; pero es el caso que yo no tengo mujer...

—No hay que apurarse por eso; yo sé de dos que se interesarán por el herido como por cosa propia.

—¿Dos mujeres!... ¿Quiénes son?

—La tia Morella y Margarita.

—¿Margarita!... ¿La Flor del Olvido? preguntó Navarro recordando la historia que le habia contado la veterana.

—La misma: ¿la conoce Vd.?

—No; y, sin embargo, estoy dispuesto á confiar á esas dos mujeres la asistencia de nuestro amigo.

—Pues nada más fácil, y el Sabueso, asomando la cabeza por una ventanilla del carruaje, gritó: ¡Co- chero, á la calle del Carmen, núm. 46!

Algunos minutos despues el coche se detuvo en *La Flor del Olvido*.

Bernardo tenia una llave de la puerta de la tienda; abrió, entró, avisó á la tia Morella y á Margarita, y sin tropiezo alguno, Antúnez fué colocado en una mu- llida cama que instantáneamente se le preparó en una de las habitaciones del entresuelo.

Navarro quedó con las dos mujeres velando al he- rido.

El Sabueso partió desalado en busca de los médi- cos que en aquella época gozaban en Madrid de más alta reputacion.